

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 8'50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en letras de fiero cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Amador.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

TRIBUNA LIBRE

¿Política?.....

Estamos atravesando en Cartagena, una de las épocas más caóticas y tormentosas de que haya memoria en nuestras crónicas. Se han despertado todas las pasiones: se han exacerbado todas las malquerencias; se ha avivado el fuego de todos los rencores que en la vida normal de los pueblos está oculto por la blandura de las conveniencias sociales. Y en este tumulto espiritual, parece oscurecida la luz clara y serena de la razón, y olvidado el amor que todo debemos á la ciudad madre. Las personas pasarán; se olvidarán prontamente sus nombres y sus juicios; pero la ciudad ha de perdurar sin duda. Y es por el bien de la ciudad, cuya vida á todos importa, por lo que nos entristece este espectáculo de violencias, de injurias, de escándalos y de amenazas continuas con que se está suscitando un estado de alma popular absolutamente incompatible con toda orientación ética, con todo sentido progresivo, con todo espíritu de patriotismo local, con toda posibilidad de una labor solidaria, beneficiosa para el pueblo.

No tenemos nosotros la más remota intervención en la política cartagenera, aunque por nuestro origen y por ley de nuestro amor á esta tierra pudiéramos intervenirla; no nos ciega las vías del entendimiento, ningún prejuicio personal; nos sentimos desligados, porque place así á nuestro temperamento, de todo obstáculo que pudiera desviar la línea recta de nuestras perspectivas morales: lícito es que hagamos oír nuestra voz demandando á todos un poco de paz y de sosiego; que condenemos esos procedimientos que el odio inspira y que un mal entendido amor propio pone en práctica; que hagamos ver, en resumen, como al final de una campaña violenta de varios años, llevada, durante estos dos últimos, á su máxima intensidad, no se ha obtenido ningún fruto aprovechable. Porque el fin no ha justificado los medios jamás; porque no es posible realizar nada útil cuando se carece de ideas constructivas y sólo se es movido por un salvaje y absurdo afán de demoler.

¿Qué ha representado el señor García Vaso en la política de Cartagena? Sencillamente, escuetamente, el sentido de la protesta. El pueblo protesta siempre. Quien desee ser seguido por el pueblo no tiene más que protestar contra todo, como quien desee ser seguido por las mujeres no ha de hacer más, según enseñaba Quevedo, que ponerse delante de ellas. El pueblo protesta siempre, y es justo, y es necesario que proteste. Su protesta es el dique ideal puesto á posibles demasías de los que le gobiernan; su protesta es además la voz de la Naturaleza rebelde á la obra humana y jurídica de toda reglamentación. El pueblo hace bastante con protestar; y un pueblo que no protesta frecuentemente es un pueblo sin sensibilidad y sin alma. El pueblo siente anhelos que jamás podrán ser satisfechos—todos los anhelos humanos;—pero no puede expresarlos concretamente de un modo afirmativo, y entonces protesta, como un niño que siente una necesidad cualquiera llora; este llanto del niño equivale á aquella protesta en el pueblo; pero de igual modo que sería absurdo en lugar de satisfacer al infante que llora ponerse á llorar con él, lo es, para todo hombre inteligente y recto, limitarse á protestar con el pueblo, en lugar de proveerle de ideas constructivas, en lugar de abastarle el pan y ampliarle los caminos del espíritu.

El Sr. García Vaso ha podido hacer mucho bien á Cartagena porque es inteligente; no lo ha hecho porque carece de rectitud ética—ya explicaremos esto, que no es decir que tome dinero de aquí ó de allá, lo cual, aunque fuera cierto, nos parecería una afirmación injuriosa, impropia de nuestra ecuanimidad—; porque carece de rectitud ética, porque á fuerza de pensar en los que llama sus enemigos ha reducido su ángulo visual al mínimum, ha perdido de vista que en el mundo vivimos hasta con nuestros enemigos, que es preciso coitar con la obra de nuestros enemigos, que nuestros enemigos, aparte del sector que está sujeto á nuestra observación, tienen otros sectores; ha callado—y esta es la ética tortuosa á que nos referimos—que sus enemigos no son engendros del averno, sino hombres como él, apasionados como él, asimétricos espiritualmente como él, hombres, en una palabra, y no monstruos representativos de todas las maldades, á la manera de ciertos personajes nebulosos de la dramática antigua. Callar esto sería un grave pe-

cado de lesa moralidad—y á un hombre inteligente como el Sr. García Vaso que vive espiritualmente solo se le puede hablar de estos pecados, que íntimamente han de sonrojarse—; pero él ha hecho más que callarlo: ha aparentado creer en la absoluta perfidia de sus enemigos, los ha pintado como seres abominables y abyectos, los ha entregado, tatuados con todos los horrores, á la voracidad del pobre pueblo; ha hecho lo que Goethe había advertido en ciertos escritores alemanes: "hacer creer al pueblo que alguien quería tiranizarlo, y apoderarse, por este temor, de la voluntad popular."

El señor García Vaso—nosotros somos sinceros—no puede ser definido en un insulto: el hombre menos complejo no puede ser definido mientras no se ha escrito la última página de su historia. Pero en el señor García Vaso destacan algunos rasgos que pueden ser señalados, y que explican cómo toda su actividad y toda su inventiva han sido estériles para el bien de Cartagena.

El señor García Vaso está desligado de toda idea universal: su localismo carece de enlace con el mundo exterior, como el de aquellos microbios del poema de Bartrina, para quienes el mundo entero era la gota de agua que habitaban. Lo agitado de su vida le ha hecho rezagarse en la cultura: todo su progresismo es un progresismo de nomenclaturas y no de contenido. En Madrid el señor García Vaso es un isidoro intelectual. En Cartagena su lema es una vacuidad sonora, que no expresa ninguna realidad concreta y tangible, que no ha cristalizado en una sociedad pedagógica, ó en una cooperativa de consumo, por ejemplo, en alguna de esas instituciones que marcan la transición del régimen verbalista á la época del progreso social. Este retraso cultural explica hasta cierto punto la manera simplificada que tiene de juzgar á los demás; pero esta explicación no es una disculpa. Este retraso cultural explica un error de creer que por la violencia se puede llegar á realizar cosa alguna útil y trascendente...

Pero estas modestas reflexiones exceden al espacio que el periódico benévolutamente me otorga. Otro día seguiremos, contando con que nadie se enfada, nuestra divagación.

UN CARTAGENERO.

El viejo y la Muerte

Entre montes por áspero camino, tropezando con una y otra peña, iba un viejo cargado con su leña maldiciendo su mísero destino. Al fin cayó, y viéndose de suerte que apenas levantarse ya podía. Llamaba con colérica porfía, una, dos y tres veces á la Muerte. Armada de guadaña en esqueleto la Parca se le ofrece en aquel punto, pero el viejo, temiendo ser difunto, lleno más de terror que de respeto, trémulo le decía, y balbuciente: —Yo Señora... os llamé desahogado... Pero... acaba: ¿qué quieres desahogado? —Que me cargues la leña solamente. Tenga paciencia quien se cree infelices, que aún en la situación más lamentable: Es la vida del hombre siempre amable: El viejo de la leña nos lo dice

Samaniego

Nuestras procesiones

Tiene Cartagena fiestas de sabor típico: entre otras, las que más descuelan por su cartagenerismo son nuestras legendarias procesiones: son ellas, reflejo fiel de aquella sociedad cristiana, que enamorada y confiada en sus creencias, esterilizaba aquellos sentimientos con todo lo que en su alma había de más noble; son ellas, reveladoras del carácter de este pueblo, que mundialmente tiene fama de humanitario, pues no en valde la caridad en su ley, es el símbolo del cartagenero; ellas son también las que despiertan en nuestro espíritu, añoranzas de nuestra edad temprana en donde todo es ilusión, todo esperanza; por ellas y para ellas nos convertimos en amantes de nuestro pueblo, en defensores de intereses comunes creados, dando al olvido pasiones y rencores que parecían que por nada ni por nadie, serían capaces de desarraigar en nuestros pechos; ellas han tenido esa virtud; ellas por sí sólo, han bastado para que se olvide siquiera sea de momento, esa alma rencorosa que desde ha tiempo flota sobre nosotros, como diablo envenenador que se congratula con su sonrisa infernal del mal del prójimo. ¡Poder misterioso que tienen las cosas cuando están basadas en el amor! ¡Bien por los que olvidaron bastarñas ideas! ¡De vosotros es el triunfo, pues con vosotros comienza la bondad con el olvido!

A más de esto, nuestras procesiones son dignas de atención por muchos conceptos. ¿Habeis visto en algún sitio,

aparte el sello de religiosidad que estas fiestas llevan consigo, magestad tanta, en ese orden increíble que constituye, al decir de los forasteros, la nota más brillante y la que más caracteriza á nuestras procesiones? ¿Habeis observado en esa seriedad fastuosa llena de grandeza, algo que se le parece? ¿No os habla al alma, esos trajes de granaderos y de judíos, con sus clásicas sonatas?

También merecen elogios sus hermosas imágenes, algunas de ellas salidas de escultor tan notable como Salcillo.

Pero lo que realiza más, dando con ello brillantez á la fiesta, son sus artísticos tronos; ellos no tienen, en general, la vanidad de las riquezas, pues no fué nunca intento de los procesionistas competir con nadie en lujo, pero en lo que al arte se refiere, se nota en ellos, el gran esmero, el cuidado exquisito que ponen al ataviarlos, embelleciéndolos magestuosamente, dando con ello la nota del alma artística que poseen los cuidadores de estas fiestas que pudieran ser, sino fuera por nuestra desidia, base de un artístico país en donde los de fuera vinieran á copiarlos.

Allá va un consejo por si valiera: desde el año que viene, no deben las cofradías concretarse á que sólo Cartagena y su campo sean los únicos que disfruten de las procesiones; deben ir más allá, es preciso añadir algo más con objeto de atraer forasteros para que sirviéndonos de estímulo, detrochemos todo nuestro saber, todo nuestro arte y el que aprenderíamos.

A. García Cánovas.

Lo del Vaticano

Madrid 21 9 m.

En los círculos diplomáticos se asegura que aunque la situación es difícilísima para las dos entidades beligerantes, considerándose inevitable la ruptura de relaciones con el Vaticano, se continúa diciendo que no existe ningún hecho nuevo que haya podido acentuar la gravedad del conflicto y que pueda preveer el epílogo.

Notas municipales

ASUNTOS A TRATAR

Para la sesión que mañana tarde á las cuatro y media ha de celebrarse nuestra excelentísima corporación

municipal han sido señalados para despácho los siguientes asuntos: Diligencia negativa de concurso para arrendar ocho horas de agua de las que posee este Ayuntamiento en los manantiales de Minas y Cañar de Lozano.

Informe de la Comisión de Policía, pidiendo se conceda licencia para obras á D. José Gómez, y otros.

Diligencia negativa de la segunda subasta del arbitrio sobre Loja y Romano.

Acta de relación provisional del trozo de carretera de La Unión, desde la Fábrica de Productos Químicos á las Casas de Páco Moña.

UN ATRACO

Madrid 21 —9 m.

En pleno Madrid se ha dado un atraco, que reviste un atrevimiento inaudito.

Basilio Tomás, regresaba de los Cuatro Caminos, donde había pasado la tarde divirtiéndose.

Al llegar al paseo de la Ronda, dos desconocidos le atracaron, arrebatándole la boina, chaqueta, alpargatas y dos pesetas que llevaba.

Después, viéndose defraudados en sus esperanzas, le arrojaron á un terraplén, dándole una formidable paliza.

Notas a'egres

Actualidades

O el almanaque miente como aquel orador bloquista que perorando en el escenario del Teatro-Circo, nos habló de la administración municipal, ó aquí ya estamos todos apolinariados.

El calendario señala hoy el primer día de la Primavera; estación del amor y de las flores, según dicen los poetas, y el debut de esa hermosísima época del año no ha podido ser peor.

Un frescachón viento del Sur nos ha hecho recordar los más desapacibles días del riguroso invierno, pues apesar de que el rubicundo Febó se mostraba en todo su esplendor, se notaba bastante fresco, y muchos que no habían empuñado aún sus prendas de abrigo las han vuelto á lucir.

El día ha sido bastante desapacible, poniendo con esto bien de manifiesto que la misma desorganización que reina por aquí abajo, acontece por arriba.

En las primeras horas de la noche de ayer, una banda de música recorrió

zador; ensilló él mismo un caballo, pues los criados de Montmorin se habían vuelto perezosos desde la muerte del Comendador. Siempre el sol les encontraba todavía en la cama, señal evidente de la poca prisa que se daban en servir á los señores coherederos.

Ensillado el caballo, el conde puso sus pistolas en las pistoleras y condujo el caballo fuera de la cuadra.

Allí se encontró cara á cara con Pandrillo. Este saludó hasta tierra, lo que olvidaba con harta frecuencia, y pronunció un respetuoso.

—¡Buenos días, señor conde!
—Maese Pandrillo—dijo Héctor,—ya que estás ahí, tenedme el estribo.

—Será para mi gran honor, señor conde—respondió el intendente, que se había escurrido detrás de él, en cuanto le oyó salir del aposento, habiendo jurado no perderle de vista sino cuando se hubiese alejado de la mansión; tanto era lo que temía un encuentro entre él y Juan.

El conde saltó en silla.
—El señor conde tendrá hoy un magnífico día de caza—dijo Pandrillo con su aire bonachón.—El tiempo es soberbio.

—Tanto mejor—respondió Héctor,—pues debo correr una montería de diez trompas con nuestros vecinos los señores de C... Graelas, Pandrillo.

Héctor picó espuelas á su caballo y partió al galope.

Tú—dijo entonces Pandrillo sonriendo y

«Cuando se desciende de raza militar, hijo mío, de heroico y largo linaje de valientes, que casi todos han muerto fuera de su lecho, se debe tener siempre una mano sobre el corazón, para impedir que lata con mucha fuerza, la otra sobre el puño de la espada para sacarla de su vaina al primer insulto, la cabeza erguida y derecha para mirar á la faz del enemigo.»

Estas nobles palabras del servidor afectaron á la condesa, haciéndola verter lágrimas, cuando dijo:

—Tenéis razón; Juan es un Malteveit, y los Malteveit no retroceden nunca.

—Señora—añadió Pandrillo afectado igualmente por la emoción,—antes que el infeliz país en que vivimos hubiese renegado de su Dios para substituirle con un Ser Supremo, cuando la Francia era la tierra caballeresca y cristiana, las mujeres se arrojaban á la hora en que sus esposos marchaban al combate.

—¡Oh, yo haré oración!—exclamó ella—yo rogaré, mi buen amigo... regaré toda la noche, y Dios acogerá mi plegaria

Y la condesa se puso de rodillas al pie de la cama del comandante, y el soldado herido, incorporándose á medias, juntó las manos como ella, y Pandrillo inclinó su blanca cabeza al suelo.

Noble y santa debió ser aquella plegaria á los ojos de Dios recitada á la vez por el militar recostado sobre el lecho de sangre, por la mujer de frente pura como la de los ángeles, y por el humilde servidor ennoblecido por la espada que,

Quizá el mismo honrado Pandrillo le había hecho alguna media confidencia acerca del estado civil del supuesto hijo natural del Comendador.

Los dos amantes vieron transcurrir las horas con una rapidez que puede decirse es propia de las horas de felicidad, sin sombras; pero hacia el anochecer, cuando el sol se inclinó detrás de las colinas del horizonte, formóse una arruga en la frente de marfil de la condesa, y la olvidadiza joven se estremeció, pensando que á otro día, quizá á la misma hora, aquél á quien amaba, y cuya vida estaba ligada á la suya, bien lo sentía ella, podría caer bajo el acero mortífero del conde Héctor.

A ciertas horas, la exaltación hace olvidar á las mujeres la flaqueza de su sexo, y les da esa viril energía del hombre que brava la muerte; pero esas horas son de corta duración y van casi siempre seguidas, al despertar, por una larga serie de vacilaciones, ansiedades y alarmas.

Entonces tiemblan por el hombre amado, entonces se acusan á sí mismas pensando de ser causa de aquel peligro de muerte que va á correr, y la de Durand, estremecida cada vez más y fue á decir, fué á arrojarle á los brazos del viejo Pandrillo para decirle:

—¡Dios mío! ¿No habría acaso algún medio de evitar ese combate?...

—Señora—respondió el anciano con voz conmovida, pero grave y firme,—el difunto Comendador, mi noble amo, si saliese de la tumba, iría derecho á su hijo, y le diría: